

que el autor, con gran acierto, nos las va ofreciendo al final de cada capítulo, y ellas nos permiten una comprensión más cabal de los asuntos.

El prosperato. . . es una historia local, perfectamente enmarcada en el contexto del porfiriato, que no abusa de las referencias nacionales, que solamente acude a las necesarias, que —aunque no sea exhaustiva, pues no aborda sistemáticamente las problemáticas indígena y obrera, ni la de las fábricas textiles— muestra las peculiaridades del proceso histórico de Tlaxcala, pero sobre todo, las explica.

Por su manufactura, es un libro excelente; se emplearon las mejores materias primas en su confección: amplia documentación, trabajo arduo y concienzudo e inteligencia crítica y creativa.

Josefina MACGREGOR

Universidad Nacional Autónoma de México

David J. WEBER: *The Spanish Frontier in North America*. New Haven: Yale University Press, 1992, 579 pp. ISBN 0-300-05198-0.

Tocó en suerte a Mesoamérica primero, a la Nueva España después y finalmente a México ser fronteras culturales en Norteamérica. La frontera política fue siempre imprecisa hasta los eventos traumáticos de 1846-1853, en que pareció convertirse en una línea que separaba formas de ser. Esos sucesos hicieron que se considerara a la línea divisoria como fuente de invasiones y de peligro. A pesar del etnocentrismo o del racismo que todavía se expresa en los proyectos para construir murallas inexpugnables, para fines del siglo XX las fronteras empiezan a adquirir la dimensión que les concede Weber como “zonas de interacción entre dos culturas diferentes”. Weber, con razón, otorga un gran papel al medio geográfico, que influye en la forma en que se desarrollan los encuentros pacíficos o violentos. En el periodo que elige el autor encuentra que el medio le da un tono especial al choque de culturas del invasor y del invadido, que “produce una dinámica que es única a un tiempo y lugar”.

En su excelente libro *The Spanish Frontier in North America*, Weber nos ofrece la historia de esa interacción que se produjo en el espacio del suroeste norteamericano desde la expedición

de Coronado en 1540 hasta las postrimerías del imperio español. Su empeño es mostrar la rica herencia hispanomexicana que dejó la compleja red de relaciones entre indígenas y españoles y que se halla aún presente en esa extensa zona. Ataca la idea del expansionismo estadounidense y de sus historiadores, que siempre han clamado que eran "tierras vacantes, a excepción de aquéllas ocupadas por unos cuantos aborígenes salvajes". Weber intenta y creemos que logra, con éxito, combatir ese lugar común de la historiografía estadounidense.

Gran conocedor de diferentes periodos de la historia del suroeste estadounidense, Weber sin duda era el indicado para explicar esta fascinante historia, tan elusiva y relegada, no sólo para los historiadores anglosajones, puesto que fue víctima de la condenación a que la Ilustración sometió a la obra de España. Se cuida de advertir que no pretende emprender una apología, sino tratar de comprenderlos. Reconoce las dificultades de juzgar los hechos humanos acaecidos en otras épocas, aun cuando pretendamos hacerlo de acuerdo con sus propios estándares, pues muchas veces éstos resultan contradictorios. Así, la conducta "cruel" de los conquistadores —aceptable a fines de la Edad Media—, fue contemporánea del empeño encomiable de los reyes católicos de ordenar que se tratara bien a los indígenas.

La forma en que se enfrenta al tema es inspiradora. El momento del encuentro entre zunis y españoles permite al autor presentar a los dos actores; los nativos de América, con su gran variedad de culturas y su relación íntima con el medio natural y los iberos, que a pesar de estar en proceso de amalgamar sus variadas raíces, también distaban de ser una nación homogénea. Pero no es su intención hacer la simple narración de los sucesos que tuvieron lugar en una zona que va de las Floridas a las Californias, sino dar una idea de la dinámica de una frontera que distó de ser estática, pues se extendía y encogía de acuerdo con las vicisitudes de las rivalidades de las potencias europeas.

El autor resuelve hábilmente el dilema de presentar un material tan completo, al que ha logrado dominar gracias a un extenso conocimiento de sus fuentes, como muestran 130 páginas de notas cuidadosas. La tarea emprendida es muy ambiciosa, pues comprende pueblos y medios geográficos variados y casi tres siglos de acontecimientos. Se habla de conquista material y espiritual, de recepción y rechazo, formas de trabajo y comercio, rebelión, control e invasión de los indígenas, todo dentro del marco del forcejeo entre España, Francia e Inglaterra por

el control de una Norteamérica que se percibía de diferente forma. Para España, que había emprendido una temprana aproximación, el Nuevo Mundo era puesto de avanzada defensiva que costaba dinero, mientras para ingleses y franceses se había convertido en terreno para obtención de ganancias, gracias a que su expansión coincidía con la época en que el control del comercio era más importante que el del territorio. Esto, sin duda, ayuda a comprender el fracaso del sueño de formar un imperio transcontinental, simbolizado en los empeños expansionistas de José de Gálvez y del virrey Bucareli.

Dos capítulos muy interesantes dedica Weber a la transformación de la frontera (XI) y al legado español y la imaginación histórica (XII). Aquí y allá podemos diferir de sus apreciaciones, pero éstas resultan siempre sugerentes. En su revisión historiográfica, Weber encuentra que la hispanofobia fue la nota característica de la interpretación decimonónica, hasta que Herbert Eugene Bolton, profesor de la Universidad de California, Berkeley, emprendiera la transformación de la interpretación tradicional, enfatizando los logros heroicos y las instituciones españolas positivas, no sin inyectarles un tono pintoresco y romántico. En este cuadro, los mestizos mexicanos no tenían cabida, lo que habría de provocar la protesta posterior de la historiografía chicana.

El libro está muy bien presentado. Los mapas son excelentes, las ilustraciones bien elegidas. En suma, resulta una agradable sorpresa para los interesados en el tema y para los amantes de la buena historia.

Josefina Z. VÁZQUEZ
El Colegio de México

Jonathan C. Brown: *Oil and Revolution in Mexico*. Berkeley: University of California Press, 1993, 453 pp. ISBN 0-520-07934-5.

Con el propósito de explicar la ambivalencia mexicana frente a los frutos de la revolución industrial, Brown presenta en este libro tres historias: la de empresas petroleras, la de la revolución en las Huastecas, y la de los obreros petroleros. La primera de ellas es la más novedosa y sugerente; inspirado en los estudios de Chandler sobre la génesis de la empresa moderna, y en los